

El Sacrificio del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento

Un sermón de pasión por el Pr. G. H. Kersten sobre Hebreos 5:7-9 con los textos citados de la RV SBT

Lectura Bíblica: Hebreos 5

Salterios: 187:1,2

419:4,5

241:1,2,3

381:1,2

83:1

Querida congregación,

Durante estas semanas, nuestra atención se dirige al sufrimiento y la muerte de Cristo. Él mismo lo anunció, según Mateo 16. *Desde entonces comenzó Jesús a mostrar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho de parte de los ancianos, y de los principales sacerdotes, y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.*

Cristo habló estas palabras solamente a Sus discípulos; estaban separados de la multitud. Les ordenó que no se lo contaran a nadie. Les reveló el camino que tuvo que andar para redimir a Sus elegidos. Fueron privilegiados por encima de miles con esa revelación. Así Dios da el privilegio de esa revelación a Sus hijos. A ellos se les revela en Su sufrimiento y muerte y gloria. ¡Que bendición será, si en esta meditación de los sufrimientos de Cristo, nuestros ojos sean abiertos para la salvación en Él, que *es blanco y sonrosado, señalado entre diez mil!*

El sufrimiento de Cristo era necesario; *le era necesario ir a Jerusalén.* Desde la eternidad, ha hecho pacto con Dios Padre para ir a este mundo para satisfacer la justicia contra el pecado. Le era necesario ir a Jerusalén porque la justicia de Dios requirió satisfacción perfecta. Una y otra vez los evangelios señalan a las profecías. La profecía predijo Su sufrimiento y muerte, y Cristo tuvo que cumplir todas las profecías. Que Dios nos dé luz para ver que Él es el verdadero Mesías de las Escrituras. Primeramente, fue revelado por Dios en el paraíso, como la simiente de

la mujer, y después fue publicado por los profetas, con cada vez mayor claridad, como el único Mediador.

En el sufrimiento de Cristo, Dios es reconciliado con Sus elegidos. Por eso, todo el sufrimiento que Su pueblo mereció por causa de pecado cayó sobre Él. Los ancianos y principales sacerdotes fueron los instrumentos, infligiendo sufrimientos. Fueron incitados por su odio y su poder. Le arrojaron burlas y desprecio sobre Cristo, luego hicieron que lo azotaran y crucificaran. Pero en todos esos sufrimientos, Cristo soportó la ira eterna de Dios, para redimir a Su pueblo de la justa ira de Dios. Cristo compró Su iglesia a un alto precio, con el precio de Su propia sangre.

Cuando Su sufrimiento terminó, no fue posible que la muerte lo conquistara. Le fue necesario resucitar el tercer día. La justicia de Su Padre requirió Su resurrección. Y en la resurrección hay la justificación de Su pueblo y su liberación de muerte. De tal forma, Cristo reveló a Sus discípulos todo Su ministerio mediador. Les habló del sacrificio que hará como Sumo sacerdote del Nuevo Testamento. Deseo hablar sobre este sacrificio de Hebreos 5:7-9, *El cual, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, fue oído por su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser causa de eterna salvación a todos los que lo obedecen;*

El tema es El Sacrificio del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento. Hay 4 puntos:

1. ¿Cuándo ha hecho este sacrificio?
2. De qué manera ha hecho este sacrificio
3. La obediencia en hacer este sacrificio
4. El propósito de este sacrificio

Primero preguntamos cuándo Cristo ha hecho este sacrificio. El texto responde, *en los días de su carne*. Con estas palabras el apóstol habla del estado de humillación de Cristo. Cristo tiene dos naturalezas, divina y humana. Esas naturalezas de Cristo eran y son unidas. Serán unidas para siempre para la adoración de Sus santos en la eternidad. En el texto, Pablo tiene en vista la humillación de Cristo. Cuando Cristo andaba en este mundo, Su gloria divina fue escondida detrás de Su naturaleza humana. Él era y seguía siendo Dios Hijo, uno en esencia con el Padre y el Espíritu Santo. Su gloria divina no se puede aumentar ni disminuir. Pero al asumir nuestra

carne y sangre, ocultó Su gloria divina y se hizo semejante a Sus hermanos, pero sin pecado.

En Su humillación, siguió siendo el Hijo amado del Padre. En los días de Su carne, sufrió hambre y sed, se cansó del viaje, lloró ante el sepulcro de Lázaro, el mundo le odió, Satanás le atacó con todos los poderes infernales. Llevó la carga del pecado y la ira del Padre. En todas esas cosas, Él fue la garantía para Su pueblo, para liberarlos de su estado perdido y consolarlos en sus aflicciones y penas. Cualquiera que sea el sufrimiento de Su pueblo, Cristo lo ha padecido antes que ellos. Él ha estado en su pobreza, su dolor, su luto y el desprecio del mundo. Así, en todas sus circunstancias, Él puede sufrir con ellos. Si los ojos de la fe se dirigen a Cristo, hay una fuente de consuelo en todas las aflicciones. *En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia él mismo los redimió, y los alzó, y los llevó todos los días de la antigüedad.* (Is 63:9) Los hijos de Dios no atraviesan este mundo solos. Aunque sean muchos los días de su angustia, el Señor está con ellos, Él sabe su queja y su temor, porque una vez estuvo en ellos, en los días de Su carne, en el estado de Su humillación.

Al hablar del estado de Cristo, nos referimos a como era con relación a la justicia de Dios. Hay dos estados: un estado de ser deudor a la justicia de Dios y un estado de ser absuelto. No hay un tercero. Cristo, en Su estado de humillación, era un deudor a la justicia de Dios por los pecados de Su pueblo. En el estado de Su exaltación, Cristo era y es absuelto, justificado por Dios, y en Cristo, Su pueblo. En los días de Su carne, era un deudor a la justicia ofendida de Dios. La justicia requiere satisfacción perfecta hasta el último centavo. La satisfacción fue hecha en obediencia activa y pasiva. Tuvo que obedecer la ley de Dios. También tuvo que soportar el castigo debido al pecado de Su pueblo: la maldición de la ley y la muerte triple. El sufrimiento del infierno fue sobre Cristo. En los días de Su carne, Él era el *varón de dolores, experimentado en quebranto.* (Is 53:3)

Así, el Espíritu Santo nos presenta a Cristo como el Fiador y Mediador en Su humillación en los días de Su carne. Voluntariamente, se humilló en este estado, por amor a Dios Su Padre, y a ellos que le fueron dados. ¡Quién pudiera entender tal amor! *Ciertamente apenas muere alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.* (Romanos 5:7-8) Por

enemigos, Cristo se puso en tanta humillación para reconciliarles con Dios. Esta humillación fue requerida por los pecados de Su pueblo. Hijo de Dios, es por tus pecados originales y actuales que Cristo sufrió en los días de Su carne. Tuvo que devolver lo que no robó. (Salmos 69:4) *Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.* (Is 53:5) No hubo otra forma para liberar a los hijos de Adán de su estado de miseria. No hay salvación fuera de Él que sufrió en los días de Su carne. El que busca salvación fuera de Cristo perecerá para siempre, pero en Cristo hay liberación completa.

A Cristo le agrada mostrar a Sus hijos, tanto como a Sus discípulos, que le es necesario sufrir mucho. Él que puede ver algo de la humillación de Cristo por el ojo de fe, debe ser asombrado por el amor con el cual Cristo amó a Su pueblo. Por eso, Cristo es glorioso y precioso, aun en Su deshonra más baja, en Su vergüenza y reproche. La espada de la justicia de Dios hirió a Cristo para que Su pueblo pueda ser absuelto de pecado y castigo, y ser reconciliado con Dios. El hijo de Dios cantará sobre los días de la carne de Cristo cuando, por la fe, pueden mirar a Él sufriendo en su lugar. Cristo es su Sustituto. ¡Oh, ven, culpable, contaminado, perdido pecador, en Cristo hay redención completa y libre! ¡Cante de Él, deje que su alma descanse en Él, hijo de Dios, renuncia a todo fuera de Cristo! El milagro de que Cristo se humilló hasta la muerte es algo que una multitud innumerable cantará por todos los siglos.

Nuestro segundo punto es de qué manera ha hecho este sacrificio. El apóstol abre un poco más el misterio del sacrificio de Cristo. Nos muestra la manera en la cual Cristo hizo este sacrificio. El texto dice que Cristo estaba *ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte* (Heb 5:7)

Se menciona frecuentemente en las Escrituras que Cristo oró. Oró por Sus amigos, diciéndole a Pedro, *yo he rogado por ti para que tu fe no falte.* (Lc 22:32) Oró por Sus enemigos; *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (Lc 23:34) Oró en Su sufrimiento; *Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Pero por esto he llegado a esta hora.* (Jn 12:27) En Juan 17, encontramos la oración de Cristo el Sumo sacerdote, orando para que Su pueblo vea la gloria de Su naturaleza divina: *Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado;* (Jn 17:24)

Oró tres veces en Getsemaní, diciendo: *Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.* (Mt 26:39) Y oró en la cruz en Su sufrimiento de la eterna ira de Dios: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mc 15:34) Y al final leemos: *Jesús, habiendo clamado otra vez a gran voz, entregó el espíritu.* (Mt 27:50)

En los días de Su carne, ofreció ruegos y súplicas. Fueron sacrificios de Su sufrimiento en Su amor eterno por Su pueblo. Ese amor no se disminuyó cuando la plena ira de Dios le cayó sobre Él. No le fue demasiado cuando tuvo que soportar el dolor infernal y temores por Su pueblo. No le fue demasiado cuando tuvo que sufrir todo el castigo que Su pueblo mereció. Cristo amó a Su pueblo hasta el fin.

Con gran clamor y lágrimas ofreció estos ruegos y súplicas. Eso indica el sufrimiento pesado de Cristo en el huerto y en la cruz. Allí la espada de justicia hirió a Cristo hasta la muerte. En cuerpo y alma, sufrió el pleno castigo del infierno para liberar a Su pueblo de ello. Dios hará que Su pueblo comprenda algo de ese sufrimiento por medio de la fe. Él les convence de sus pecados y ellos aprenden que merecen la muerte eterna. Entonces se hace realidad que están en un *pozo de la desesperación* y un *lodo cenagoso*. En este momento, el pecador experimenta algo del eterno juicio de Dios que arderá sobre el malo en el infierno. Pero Dios lo libraré del lodo cenagoso; Él guía a Su pueblo a Cristo y causa que ellos sigan Su sufrimiento. Su pueblo aprende que Cristo sufrió la plena ira de Dios en su lugar, cuando Él *ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas*. Dios derrama Su amor y sacrificio en sus corazones, y ellos claman con adoración; *nos acordaremos de tus amores mas que el vino; los rectos te aman.*

¡Oh sacrificio bendito del amor de Cristo! Enemigos son reconciliados con Dios por Su muerte. Se hace una maravilla indescriptible para los hijos de Dios. Ellos son enemigos, y la luz del Espíritu Santo les hace conocerse como enemigos. En su estado natural, aun si andaba decentemente a la vista de los hombres, habían clamado: *No queremos que este reine sobre nosotros.* (Lc 19:14) En su enemistad, oponían a Cristo. Ahora, ¿quién puede contemplar tal amor, en reconciliar tales enemigos a Dios? Es mediante Él y de Él solo que redimió a ellos por Su sangre.

Su sacrificio de ruegos y súplicas fue hecho a Él *que lo podía librar de la muerte*, a Su Padre. Dios Padre mantiene Su justicia. Dios Padre es el Juez justo en el pacto de gracia. Dios Padre requiere satisfacción completa de Su justicia. Dios Padre

pronunció sobre Cristo la sentencia de la muerte. Pero, después de que se llevó el castigo, Dios Padre dio la absolución. Dios Padre lo pudo salvar de la muerte y lo ha salvado de la muerte. En la realización de la resurrección, Cristo ofreció oraciones y súplicas a Aquel que podía salvar de la muerte. Se entregó a Su Padre para satisfacer la culpa de Su pueblo. Obtuvo para ellos la remisión de la culpa y el derecho a la vida eterna. El sacrificio de Cristo trajo satisfacción. El Padre aceptó este sacrificio y absuelve al pecador en la resurrección de Cristo. En la resurrección, el perdón de culpa y castigo es dado a los elegidos, y con eso el derecho a la vida eterna.

El veredicto, o el perdón, lo realiza el Padre. No es la obra de Cristo absolver al pecador. Eso es de Dios Padre. Hemos pecado contra Dios trino. Pero Dios Padre mantiene Su justicia, tal como el Hijo hace la satisfacción. El que es justificado de sus pecados recibe la absolución del Padre, en virtud del sacrificio de Cristo. El pecador perdido, aunque elegido, se une tan estrechamente a Cristo que todos sus pecados actuales y originales le son imputados a Él. La justicia del Fiador se convierte en la de los pecadores por imputación divina y por el ejercicio de la fe, descansando y siguiendo el acto de Dios. El Espíritu Santo sella la sentencia del Padre en el corazón, confirmándola con la palabra de Dios. Allí se revela que el Señor ha jurado que ya no se enojará con Su pueblo, ni lo reprenderá.

Los elegidos son justificados en Cristo en la eternidad. Son justificados en el tiempo cuando su Fiador resucita de entre los muertos. Son justificados en la regeneración cuando son vivificados de la muerte a la vida por el Espíritu Santo. Pero ahora son justificados conscientemente. En su conciencia son justificados y reciben el perdón y el derecho a la vida eterna. ¡Oh, maravilla indecible! Un pecador que merece el infierno es recibido como un heredero de la vida eterna. ¡La ley es desarmada de su maldición, y el pecador es reconciliado a Dios! En esta justificación, Dios trino se glorifica en el alma. ¡Oh pueblo dichoso y bendito que puede apropiarse del sacrificio de Cristo por la fe! Muchos hijos de Dios no conocen esto y no poseen la seguridad de su fe. No se ha cancelado su culpa, aunque pasó que el ojo de la fe se ha fijado en el Abogado en el cielo. Por eso muchas veces su alma se turba cuando piensa en la justicia de Dios. No puede descansar. Pero el Señor perfeccionará Su obra hasta el día de Jesucristo. Cristo ofreció *ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte*. Lo hizo por Su pueblo. La obediencia de Cristo es su obediencia. Esto lo veremos en el tercer punto. La obediencia en la cual Cristo ha hecho este sacrificio.

El texto dice: *fue oído por su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.* Cristo era el hijo, la segunda persona de la Trinidad. Lo testificaron Dios Padre, Dios Hijo y Dios el Espíritu Santo en los días de Su carne. Qué horrible la enemistad de los judíos en cuanto a esta verdad. Fueron dispuestas a reconocer que Jesús el nazareno era notable entre los varones, pero quisieron apedrearlo cuando Cristo dijo que era el Hijo de Dios. Por este mismo testimonio, Caifás le puso la sentencia de la muerte en la cruz. Y hasta hoy, los judíos y varias sectas niegan que Cristo es el Mesías, el Hijo de Dios. No obstante, hay el testimonio de Dios Trino. Solo Cristo puede ser el Salvador. Ningún mero hombre podría soportar la ira de Dios y pagar por otros. Su pueblo le alabará eternamente como el divino Hijo de Dios. A través de la gracia, aprenden a postrarse ante Él en el polvo. Era Hombre, pero también es y sigue siendo verdadero Dios. ¡Tan grande es la obra de la salvación que los elegidos solo podían ser redimidos por Dios para Dios! *Bendito sea el Señor, que cada día lleva nuestras cargas, el Dios de nuestra salvación. Selah.* (Sal 68:19)

El texto dice que *fue oído por su temor reverente.* Tuvo temor, no en Su naturaleza divina, sino en Su naturaleza humana. En cuerpo y alma, soportó la ira de Dios por los pecados de todo ser humano. Él soportó la ira de Dios contra los pecados de toda la humanidad. No por todos los seres humanos, porque Cristo solo sufrió por Sus elegidos. Pero la ira de Dios no se puede dividir. Toda la ira de Dios se encendió contra los pecados de toda la humanidad. Cristo soportó esa ira como Fiador por Su pueblo, aunque ellos, como todos los demás, deberían haberla soportado en el infierno por los siglos de los siglos.

¿Quién puede imaginar la profundidad del temor, en lo que estaba Cristo, cuando la ira de Dios cayó sobre Él? Además, Satanás lo asaltó. La carga del pecado, repugnante a Su naturaleza santa, fue puesta sobre Él. Fue hecho pecado por Su pueblo. En ese temor, Su sudor se hizo sangre. En ese temor oró a Dios para dejar pasar la copa de Su ira. En ese temor tuvo que ser soportado por un ángel del cielo. En ese temor el Hijo de Dios colgó en la cruz, cuando el sol se escondió durante tres horas. En ese temor clamó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* El hijo de Dios aprende algo de esa ira de Dios. Le causa a decir con David, *Me rodearon los lazos de la muerte y me encontraron las angustias del sepulcro; angustia y dolor había yo hallado.* (Sal 116:3) ¿Pero que es ese sufrimiento en comparación con lo que Cristo sufrió? No es posible compararlo. Para comprar la

salvación de Su pueblo, Cristo tuvo que sufrir en temor. ¡Oh precioso Cordero de Dios!

Pero en este sufrimiento, Cristo no era un mártir. Sí, era como el cordero llevado al matadero, pero a la vez entró en la muerte como el león de la tribu de Judá. Quien quiera contemplar a Cristo con pena, considere lo que dijo Él a las mujeres llorando; *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.* (Lc 23:28) ¡Oh huye, huye de la ira venidera!

Nosotros merecemos la ira eterna de Dios y Él vino en lugar de Su pueblo. ¡Que los hijos de Dios puedan tener ojos de fe para ver Sus sufrimientos! Él temía por la culpa de ellos. Él fue la propiciación por sus pecados. Su gloria eterna brilla en que fue escuchado por el Padre en ese temor. En Su gran fuerza, atravesó la muerte. Era plenamente consciente de la gloria que le esperaba. Él es el Dios eterno e inmutable, nunca perdió Su gloria. Pero, como Mediador, aprendió la obediencia. Se hizo obediente hasta la muerte en la cruz. Aprendió por experiencia, en todas Sus aflicciones, a someterse a la voluntad de Su Padre. Obedeció sin negación porque amaba a los elegidos. El amor eterno a Dios le impulsó a ello. Por Su obediencia obtuvo la vida eterna, que nosotros perdimos en el paraíso. Así como todos los que están en Adán han muerto, todos los que están en Cristo vivirán. Su obediencia es la obediencia de ellos ante Dios. *Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.*

Fuera de Él no hay cumplimiento de los mandamientos de Dios. Es necesario que mueran a sus obras de la ley. Esa es la gran lección que Pablo enseña aquí a los hebreos. Se aferraban a la ley de Moisés, pero necesitaban perder todas las cosas para aprender de Cristo.

Y así es con cada uno de nosotros, si no morimos a la ley, nunca podemos recibir a Cristo en nuestros corazones, y pereceremos para siempre. Pero también para el hijo de Dios, es necesario morir a la ley para ser salvo, por la fe, en la obediencia de Cristo. Pablo dice, *porque yo por la ley estoy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios.* (Gl 2:19) El Bendito Mediador ha aprendido la obediencia, para ser la obediencia de Su pueblo y, con Su fuerza, hacer que caminen en Su obediencia.

Antes de continuar, cantaremos de Salterio 381:1,2

Consideremos la última parte del texto, donde dice: *y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser causa de eterna salvación a todos los que lo obedecen*. En este cuarto punto vemos el propósito de este sacrificio.

El Sumo sacerdote del Nuevo Testamento fue hecho perfecto en este sacrificio. Cumplió la obra, pagó el último centavo de deuda del pueblo de Dios. Fue aceptado como el sacrificio perfecto ante Su Padre en la resurrección. Fue absuelto perfectamente de todos los pecados de Su pueblo. Los cielos que fueron cerrados por nuestros pecados, están abiertos por Él. Está sentado a la diestra de Dios Padre. Tal es el Salvador del pueblo de Dios. Un Cristo vivo ascendió a los cielos y vive a la derecha de Dios Padre. El hijo de Dios no halla su vida en un Cristo muerto. La Iglesia tiene un Salvador vivo, y esa Iglesia vivirá mediante Él. Cristo es causa de salvación para todos los que lo obedecen.

¿Quiénes son los que le obedecen? Por naturaleza, nadie. No iremos a Él para hallar vida en Él. Sin embargo, Cristo somete a Su pueblo a sí mismo. Obedecer a Él es reconocer a Él, someterse y rendirse a Él, y hallar salvación en Él. Convencido y descubierto por el Espíritu Santo, el pecador acude a Cristo, para ser salvo solo en Él. Al principio había buscado descanso en sus propias obras e intentos, porque era ciego e ignorante a los caminos de Dios. Pero luego el pecador experimenta que todo lo que tiene y todo lo que puede hacer no es insuficiente, no cubre la ira de Dios. Entonces Emanuel magnifica Su poder salvador para llevar a tal pecador a Sus pies. Y entonces la fe ve a Él como el Camino, la Verdad y la Vida. La fe obra la obediencia a Su voz y a Su invitación. Cristo dice: *Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*. (Mt 11:28) Ese Mediador perfecto se vuelve cada vez más necesario. Fuera de Cristo no hay vida, sino perdición eterna.

Obedecer a Cristo significa ser justificado por Él y necesitar a Él como la fuente de santificación. Eso deja nada más que un pueblo pobre y afligido, que no puede hallar vida en sí mismo, que no puede sostenerse con su y suspiros y suplicas, pero mirando a Cristo para hallar su fruto en Él. En una palabra, obedecer a Él significa apropiarlo y necesitarlo continuamente. Cristo nos ha sido hecho por Dios Padre *sabiduría, y justicia, y santificación, y redención*; (1 Co 1:30) Esa obediencia causa que el pecador no tenga nada en sí mismo, pero todo en Cristo, y dicen con la novia:

Morena soy...pero codiciable. (Cnt 1:5). A pesar de las pruebas, nunca perecerán, porque Cristo vino a ser causa de eterna salvación para ellos. (Hebreos 5:9)

Cristo es la causa. Solo mediante Cristo hay salvación. No se puede añadir ni un suspiro, ni un lágrima, ni un hecho para ganar la salvación. Él da la salvación a Su pueblo en esta vida por la fe. *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;* (Ef 2:8) *Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarle.* (Sal 89:15) Por muy despreciados que sean por el mundo, el pueblo del Señor ya ha obtenido la salvación eterna. Pronto entrarán en la gloria eterna, primero solo sus almas, pero pronto tanto sus almas como sus cuerpos. Alabarán al Dios Trino y al Cordero por siempre. No perecerán, porque Cristo es la causa de su salvación eterna. En Su justicia serán exaltados; Él es la gloria de su fortaleza. Él es su defensa. El Santo de Israel es su Rey.

Ahora algunas palabras de aplicación:

Y ahora, oyentes, el Señor concede que podamos volver a nosotros mismos después de escuchar del sacrificio del Sumo sacerdote del Nuevo Testamento. Ustedes, que no son convertidos ¡cuán terrible será en el día de destrucción, cuando tendrán que postrarse ante Cristo! Él dirá: Aquellos mis enemigos, que no quisieron que reine sobre ellos, llévalos y échalos en la destrucción eterna. Nunca se han hecho obedientes a Cristo, nunca han perdido sus vidas. Que el Señor se haga demasiado fuerte para ustedes, antes de su destrucción eterna.

¡Almas preocupadas! Busquen a Cristo como como la única base de su salvación. En Él hay justicia y santidad y redención. ¡Oh que Su amor les atraiga y les instruya a obedecerle! *¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura.* (Is 55:2) *¿Qué les impide obedecer Su voz? Procurad hacer firme vuestra vocación y elección.* (2 P 1:10)

Y pueblo de Dios, establecido en su estado. ¡He aquí la humillación del Señor Jesús para aquellos Sus enemigos! Aprendió obediencia, aunque era Hijo. Ofreció súplicas, estaba en temor para satisfacer los pecados de Sus escogidos. No descansan en su propia justificación. Que el Señor les haga pobres de verdad, para que sean ricos en Él. Peleen la buena batalla de la fe. Que el Señor les conceda caminar alegremente a través del conflicto y la tribulación, y el reproche del mundo. En los días de Su carne, Cristo fue afligido en todas sus aflicciones. Que Él sea su

fortaleza en su tribulación. Necesitan llevar su cruz hasta el final, pero después serán contados dignos de glorificar eternamente a Él que los compró con Su sangre. *Y el Dios de paz os santifique en todo; y todo vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. (1 Ts 5:23)*

Amén.